

Estampa de Avelino

Blanco Amor, el novelista español, cuando trató a Avelino y lo conoció de cerca dijo que era una especie de Cardenal Camarlengo de la Universidad de Concepción. Me parece que Blanco Amor ha estado muy acertado en su apreciación y que si hubiera vivido en aquellos tiempos de Aquaviva y hubiera sido Avelino quien fuera de emisario del Papa ante la adusta majestad del Rey don Felipe II, no se hubiera producido aquel tenso silencio de la famosa entrevista que tan magistralmente describe Bruno Franck en su libro «Un tal Cervantes», pues a nuestro Cardenal Camarlengo que ungiera Blanco Amor en una frase feliz, se le hubiese ocurrido salir del paso, con alguna bella ocurrencia no exenta de un leve matiz de picardía.

Le conocimos hace ya unos buenos años cuando aun era un mozo «imberbe y propasado en sus bromas» para con los «importantes» escritores que íbamos a dictar alguna charla en ese simpático y acogedor Salón de Honor de la Universidad de Concepción. Insensiblemente Avelino se fué transformando en un hombre de mayor seriedad, sin perder en ningún momento su cordialidad, su efusión y su permanente disposición para enhebrar una charla en la cual despunta su fino espíritu de hombre que cree que la risa es el mejor tónico para la salud.

Mas, a todo esto se dirá: ¿pero quién es Avelino? Sí, en realidad es necesario que lo expliquemos. Porque se trata de don Avelino León Hurtado, Secretario General de la Universidad penquista y Profesor de Derecho Civil en ella. Don Avelino León Hurtado, se formó desde muy joven junto a don Enrique Molina, de quien recibió un poco, acaso un mucho, de esa sencillez, de esa cortesía, de esa manera de ser que va engendrando voluntades a fuerza de sinceridad y de franqueza y corrección en todos los actos de su vida. No queremos decir con esto que Avelino haya tomado de don Enrique, lo esencial de su perso-

nalidad, pero no hay duda alguna de que siempre un maestro imprime ciertas modalidades a quienes les rodean, que no se imitan, sino que se captan insensiblemente en el trato y en la convivencia diaria. Y es que es bueno hacer notar que en la Universidad de Concepción el visitante advierte una cordialidad, una llaneza, un señorío amable, sin alarde, que hace sentir que uno no está en terrenos abruptos, sino en el predio amable de la buena amistad sin reservas.

Avelino León se marcha ahora a Europa, en donde su espíritu inquieto y lleno de fervor por todo aquello que signifique una manifestación de cultura, captará seguramente interesantes conocimientos que ampliarán el horizonte de su profesión. Los viajes enseñan más que muchos libros, se ha dicho con frecuencia, y en este caso de Avelino León estamos seguros que esta afirmación tendrá mayor amplitud, pues nuestro amigo no es de esos hombres que se deja llevar por el tiempo, así sin buscar los signos que el progreso va dejando, sino que es un estudioso. Un hombre sensible y atento a todas las manifestaciones de la cultura.

Estudiará don Avelino León allá en Europa la forma cómo están organizadas las Universidades y asistirá como delegado del Instituto en donde desempeña el elevado cargo de Secretario General, al Congreso Mundial de Universidades que se celebra en Niza, en fecha próxima, bajo los auspicios de la Unesco. Después irá a Francia, a donde ha sido invitado oficialmente por el Gobierno de ese país.

A lo largo del camino siempre se recuerda lo que se deja atrás. Y se siente además la tibieza de la buena amistad que endulza las horas del recuerdo. Que nuestro amigo se lleve en su espíritu esa compañía y que el éxito le acompañe en todo momento.—L. D.